

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Un prestidigitador célebre, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Paparruchas, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Recuerdos de Cádiz, por Julio Rosas, conclusion.* = *Con mal ó con bien á los tuyos te tén, por Fernan Caballero, continuacion.* = *Esplicacion del figurin de modas.* = *Gergológico.*

LAMINA. = *Figurin de modas para Señoras.*

Un prestidigitador célebre.

Acabá de llegar á esta ciudad el rey de los prestidigitadores, la notabilidad del escamotéo, el hechicero que ha corrido toda la Europa dejándola, como suele decirse, con la boca abierta, el Sr. Macaluso, en fin; y esto lo decimos, no por conocimiento propio de su habilidad, sino bajo la fé de su álbum, el cual contiene á centenares los artículos que se han publicado en su alabanza, escritos en mas lenguas que las que se oyeron en la torre de Babel, y salpimentados con un número considerable de grabados en los que se señalan las mas sorprendentes suertes por él mismo ejecutadas desde San Petersburgo hasta París.

Como curioso documento fehaciente trae resumidas en un medio pliego las diversas apreciaciones que de su habilidad hizo la prensa periódica de esta última capital, y eso despues de haberse visto en ella á un Bosco, á un Robert-Houdin, y á otros á quienes la destreza de sus manos ha granjeado una celebridad europea.

A la cabeza de esta reseña se encuentra el distinguido nombre de Alfonso Karr, quien desde Niza recomienda al espresado Sr. Macaluso á sus amigos de París, asegurándoles que posee, á mas de una *destreza prodigiosa*, una inteligencia notable y una amabilidad estremada.

El elogio no puede ser mas cumplido ni mas lacónicamente espresado. El nombre del que lo hace debe para todos ser una garantía del mérito de aquel que fué objeto de la alabanza, porque Alfonso Karr tiene demasiado talento para dejar de ser un juez muy competente en todo, y demasiada re-

putacion para querer comprometerla ante el público de París, si este hallase al cabo ó falsa ó exagerada siquiera la apreciacion que hacía.

Aunque los artículos coleccionados en el ya dicho álbum son por lo comun bastante estensos, solo se han consignado en el papel á que nos referimos aquellos breves sueltos de gacetilla que á grandes rasgos espresan la opinion de los principales periódicos de Francia respecto al individuo de que nos vamos ocupando; rasgos en los que en pocas palabras se compendia así el juicio del escritor como el del público.

Dice el *Moniteur universel* del 3 de Mayo de 1858: "El Sr. Macaluso es un hechicero sin charlatanismo. Tiene el diablo en el cuerpo."

Casi en la propia fecha decia de él *Le Siécle*: "Es el primer prestidigitador de los tiempos modernos. Es un Robert-Houdin-perfeccionado."

Téngase aquí en cuenta que el Sr. Macaluso es tan extranjero en Francia como en España, y que los franceses no son muy amigos de conceder ventajas á los agenos sobre los propios en materia alguna. Sin embargo, no solo califican á este de superior á su mas célebre prestidigitador, sino que lo proclaman además como el primero de los tiempos modernos. Mucho decir es para que no sea una verdad incontrovertible.

Un mes despues se leia en *La Patrie*: "Este admirable prestidigitador es un verdadero revolucionario en su arte. Es el hechicero mundano é íntimo á la vez, el hechicero del hogar doméstico."

Estas palabras se esplican por la circunstancia notabilísima de que el Sr. Macaluso, segun tenemos entendido, no se vale de cajas de doble fondo, ni de mesas mecánicas, ni pone á contribucion la física y la química en sus operaciones. Cualquiera sitio le basta, y por toda preparacion anterior suplen su persona y los recursos del arte cuyos efectos ha sabido llevar tan lejos. Los medios que tiene á mano le bastan, segun se afirma, para sorprender al mas precavido. He aquí por qué hemos visto que le llama *La Patrie* "el hechicero del hogar doméstico."

El Figaro habla de él en los siguientes términos:

"El Sr. Macaluso es el primer prestidigitador del cielo y de la tierra; es el Tamberlick de la

prestidigitacion; tiene el *do de pecho* de la doble vista."

Nosotros, y al par de nosotros el público filarmónico de Cádiz, sabemos lo que es Tamberlick y adonde llegan sus pulmones. Por tanto, á poco que la comparacion sea exacta, y no hay mas motivo para dudar que lo sea, debemos prometernos mucho de ese *do de pecho*.

La Ilustracion se ocupa varias veces del Sr. Macaluso, y ya lo califica de "un verdadero fenómeno," ya dice de él que "es hechicero hasta la punta de los dedos, y que ha nacido gran mágico."

Le Courrier français lo caracteriza de este modo: "Es pura y simplementè la mágia encarnada; el escamoteo vestido de negro."

La Gazette de Paris: "El Sr. Macaluso es un hombre raro que reúne á la destreza y habilidad de los Robert-Houdin y de los Bosco la ciencia de los Humm y de los mas potentes adivinadores."

El Charivari se espresa de este modo: "Es un hombre incomparable. Este epíteto le está bien, pues nunca se empleó en la prestidigitacion tanta originalidad, ni se vieron suertes tan imprevistas como las de este italiano, el cual fué abogado antes de ser mágico."

No creemos que la jurisprudencia enseñe á escamotear; pero parécenos que hay cierta clase de derechos que pudieran hacer su papel en un juego de cubiletos. El derecho electoral por ejemplo.

Por último, *Le Journal amusant* habla en estos términos:

"Bosco, Robert-Houdin, Mademoiselle Benita-Anginet y Hamilton, estos maestros de la magia, no creían que fuese posible sobrepujarles. Inclinémonos ante las glorias que pasan, y saludemos á la estrella que se levanta en el horizonte en la persona de Rafael Macaluso."

Estos unánimes encomios son sin duda mas que suficientes á despertar la curiosidad pública, como han despertado la nuestra, y con ella el natural deseo de juzgar por nosotros mismos lo que haya de sorprendente en las suertes de este celebrado prestidigitador. Confiamos en que así sea, y aun suponemos que el público, por mas que hoy esté un tanto alejado de los espectáculos teatrales á causa de la cuaresma, acudirá á la invitacion que para este se le haga, toda vez que la costumbre ha establecido en casos análogos una diferencia entre aquellos y los de pura prestidigitacion. En todo caso no será culpa de nadie si el Sr. Macaluso ha llegado á Cádiz en circunstancias menos favorables que otras para lograr todas las utilidades, que de no ser así hubiera podido prometerse.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

PAPARRUCHAS.

No vamos á hablar de las paparruchas políticas. Esas constituyen una crónica de todos los dias, y esas tienen cien periódicos que se ocupen de ellas

mas ó menos exclusivamente. Nuestro objeto es decir hoy dos palabras de ciertas paparruchas astronómicas que de vez en cuando se echan á volar, y de las que hemos tenido un ejemplo reciente.

En efecto, nunca pasa un solo año sin que periódicos con fingidos en las nebulosas regiones del norte dejen de alarmar á los papanatas de Europa con la noticia de que Mr. Fulano, cuyo apellido tiene por lo comun una vocal y diez consonantes entre ellas cuatro kaes, ha anunciado que para el dia tantos ó cuantos de tal mes debe verificarse, ya una inundacion general que ha de convertirnos en pescadillas, ya una aproximacion del sol á la tierra que ha de carbonizarnos á todos hasta los pelos, ya un huracan violentísimo que ha de llevar en volandas hasta las Californias las casas de cabildo, ya la aparicion de un cometa que ha de barrernos á todos con la escoba de su cola, ya en fin otra pequeñez por el estilo. Añaden los tales periódicos que el referido Sr. de las cuatro kaes es un célebre astrónomo aleman, ruso ó sueco, y si bien nadie ha oido en toda su vida semejante estrambótico nombre, ello es que á cierra ojos se cree que hay tal astrónomo y que es además célebre, no poniendo en duda por consiguiente que su pronóstico ha de verificarse al pié de la letra.

La gran familia de los papamoscas, de la que ya antes hemos hablado, se aterroriza desde aquel punto; hay mugeres que abortan, hay hombres que se espeluznan, y unos y otros aguardan por momentos el anunciado cataclismo. Pero llega el dia señalado, nada sucede, los crédulos se tientan para cerciorarse de que están vivos, y vuelve la tranquilidad á todos los pechos mientras el periodista se rie de la profunda impresion que ha causado su embuste, y con la cual ya contaba, porque la esperiencia le ha enseñado que las cosas mundanas se creen en proporcion del absurdo que encierran.

Sin embargo, como el hombre no es animal de escarmiento, de allí á unos cuantos meses otro periódico lanza una nueva paparrucha mas gorda aun que la primera, y que no menos crédito alcanza. Nuevo susto y nuevo desengaño; pero este no es mas eficaz para lo sucesivo que lo fué el anterior. Tal es el mundo: fácil para creer en la mentira; pero siempre mal dispuesto para creer en la verdad: sus oidos se abren siempre á la falsa y pobre palabra del hombre; pero rara vez á la rica y no engañadora de Dios.

Traemos esto á cuento por que ha pocos dias comenzó á circular en esta poblacion uno de esos estupendos pronósticos. Se trataba de una marea en la cual las aguas deberian elevarse á una altura nunca antes conocida, poniéndonos á riesgo de ser devorados por los camarones. Ahora bien, que haya mareas mas altas que las comunes, eso no hay quien lo ignore, y menos en un pueblo como Cádiz: que estas en ciertas circunstancias puedan sobrepujar á las mas altas del año, eso la ciencia lo enseña; pero de eso á lo que por algunos se temía va una enorme distancia: va toda la distancia que hay entre la razon y la ceguedad.

El dia señalado era el siete segun unos y el ocho segun otros. Han pasado felizmente el siete y el

ocho, y todos estamos vivos á Dios gracias, á escepcion de los que para morir no han necesitado ahogarse.

Sin embargo, otros anuncios de la misma estofa vendrán, y de seguro no ha de faltar quien les dé crédito.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

RECUERDOS DE CÁDIZ.

PÁGINAS DE JULIA "LA HIJA DEL PESCADOR."

(CONCLUSION).

XI.

Yo queria ser poeta para trasladar al papel mis recuerdos, así como el pintor estampa en el lienzo las reminiscencias de su vida. ¡Feliz tres y cuatro veces el que es poeta y pintor! ¡Qué inefables son los consuelos de la poesía y de la pintura!—Entonces yo tomaba el lápiz y escribía con sentimiento, con el estilo del corazón; pero á menudo enfadado por no poder espresar bien mis sensaciones, arrojaba con despecho el lápiz y el papel, y exclamaba con enojo:—A qué escribir?

Y al decir esto me acordaba del *Rafael* de Lamartine, de aquel jóven hermoso cuya alma era un espejo de la belleza material é ideal esparcida en las obras de la naturaleza y de los hombres, de aquel jóven hermoso que si hubiera conocido la lengua en que se escriben los sonidos, habria notado los quejidos aéreos del viento del mar en las fibras de los pinos de Italia, ó reducido á música el aliento de la jóven dormida que sueña con aquel á quien no quiere nombrar, de aquel jóven hermoso que en presencia del sol poniente y de las osamentas de Roma esparcidas por la llanura, improvisaba estancias que hacían llorar; pero que no queria escribir.

"¿A qué escribir?—decía á su amigo.—¿Escribe acaso el viento lo que canta en las hojas sonoras al pasar por cima de nuestras cabezas? ¿Escribe el mar los gemidos de sus olas? Lo escrito nunca es bello: lo que hay de mas divino en el corazón del hombre no sale nunca de él. El instrumento es de carne, la nota es de fuego. Entre lo que se siente y lo que se espresa, hay la misma diferencia que entre el alma y las veinte y cuatro letras del alfabeto. Lo que hay que decir es lo infinito. Sabes tú interpretar con una flauta de caña la armonía de las esferas? ¿A qué escribir páginas de dolor? Bastantes lágrimas hay en el mundo; no hay necesidad de derramar nuevas gotas en el corazón del hombre."

XII.

Yo acostumbraba tomar todas las mañanas en una huerta un vaso de leche que ordeñaba y me servía una niña de once años, cuyos ojos dulce-

mente adormidos y á los que le comunicaban la mayor apacibilidad sus largas pestañas, estaban teñidos con el azul del cielo. Siempre las niñas han tenido un atractivo invencible para mí: siempre las he amado con ternura, con entrañable afecto. Tanta belleza, tanta inocencia, tanto candor, me seducen, me atraen. ¿Por qué este encanto, esta atracción? Porque amo la castidad y la belleza, porque amo el candor y la inocencia.—Hay cierta cosa de celestial y misterioso en el rostro de una niña que eleva el pensamiento á otro mundo, á otra region.

Mientras ella ordeñaba la vaca yo estaba sentado en el brocal del pozo, contemplándola ó fijando la vista en los bueyes, que con los ojos vendados sacaban agua del pozo dando vueltas á la noria.—La frescura del pozo, las brisas marinas que oreaban mi frente y agitaban los bucles de mis cabellos y mecían las puntas de mi corbata de muselina, las gallinas y las palomas que revoloteaban en la huerta, el perro que atado al tronco de un árbol ladraba siempre que oía ruido de pasos, el perfume de las plantas, los pájaros que cantaban la poesía de sus amores, la magnificencia del cielo, la magnificencia del mar, todo este conjunto deslizaba en mi corazón delicias indescriptibles.

* * *

Aquella niña se llamaba María.—Me profesaba el mas tierno cariño. Yo le llevaba con frecuencia flores y dulces que ella admitía risueña y contenta. Algunas veces yo imprimía en sus manos un beso fraternal: entonces sus megillas se teñían de rosado pudor.

María era tímida como el ave de la floresta. Esparcía un perfume de ternura y de sensibilidad delicada. Crecía en el retiro al abrigo del bullicio de la ciudad. Desde allí no oía el bramido del tempestuoso mar del mundo. Lejos del lujo fantástico, de las pedrerías, de los trages suntuosos y ricos trenes, sus días corrían dulces y serenos.

María era blanca como la nieve del Líbano. Sus ojos tenían el azul del cielo, no ese azul sin brillo que desagrade, sino ese azul que despide un reflejo igual al de la luna en las tranquilas noches de Abril y Mayo. Su mirada era límpida, serena, suave como el terciopelo, brillante como el reflejo de las estrellas en las puras y apacibles noches de verano. Sobre sus hombros desnudos ondulaban los bucles de sus cabellos cuyo oro deslumbraba tanto como el oro de los rayos del sol.

* * *

Una mañana al estrechar su mano en señal de despedida se echó á llorar.

—Por qué lloras, María? le pregunté conmovido y sorprendido.

—No sé, contestóme entre sollozos.

La consolé, enjugué sus lágrimas, arreglé sus rizos desordenados por la viveza de sus movimientos y besando sus manos de rosa la dije:

—Hasta mañana, María.

La niña empezó á sollozar. Mi corazón se oprimió fuertemente. Yo volvía á menudo la cara para saludarla con el pañuelo. Ella me contestaba con la mano, y para distinguirme mejor subióse á un montecillo de tierra. Bien pronto los árboles me ocultaron á su vista.

—¿Por qué ha llorado María? me preguntaba consternado.

Ah! el presentimiento la habia hecho llorar. Aquella tarde murió María. Fué víctima del cólera, terrible epidemia, azote de la humanidad que sembró el luto y el llanto en muchas familias de Cádiz el año de 1854.

Al dia siguiente al entrar en la huerta me sorprendió el silencio sepulcral que reinaba allí. Oprimióse mi corazón. Una exclamacion de dolor se escapó de mis labios al ver el cadáver de María.

XIII.

Yo acompañé al cementerio el cadáver de la pobre niña.

¿Es esta la mujer?—murmuré alzando los ojos al cielo.—¿A esto queda reducido el encanto del amor, la belleza de los ángeles de la tierra y las alegrías del corazón? ¿Qué es del porvenir de rosas y perfumes que sin duda columbrabas, pobre niña? ¿Dónde están tus caricias, ángel hermoso, alegre como los aguinaldos de mi patria, linda como la luna, lozana como la rosa de los prados? ¡Ojalá la flor de mi vida se hubiera marchitado como te marchitas tú; precioso boton que te entreabrias lleno de aroma y de frescura!

Dije y oculté mi rostro entre las manos.

La brisa era lánguida. La espuma del mar acariciaba suavemente la dorada arena de la playa. Un murmullo lento é infinito se extendía á lo largo de la costa.

¡Qué triste es ver enterrar, ver desaparecer para siempre á una persona amada! ¡Qué triste me fué considerar que aquellas formas tan lindas, dentro de pocos dias devoradas por los gusanos inspirarian asco y harian apartar los ojos de tanta repugnancia!

Feliz tú, María!—añadí mirando la recién abierta sepultura.—¡Feliz tú, porque has pasado inmediatamente de la cuna al sepulcro! ¡Feliz tú, porque no has conocido los sinsabores de la vida!

No queriendo interrumpir con mis quejas y lamentos la soledad de aquella ciudad de sepulcros, salí del cementerio con las lágrimas en los ojos, y el duelo en el corazón.

XIV.

Algunas veces almorzaba en los ventorrillos. Acostumbraba sentarme frente al mar. Mi desayuno consistía en huevos, pan, queso, naranjas y damascos. Desde allí contemplaba los buques que entraban y salían del puerto. ¡Cuántas veces deseé embarcarme en uno de aquellos bajeles para volver á mi país nativo! ¡Cuántas veces despedí á sus tri-

pulantes á quienes con los ojos llenos de lágrimas les deseé próspero viaje! ¡Cuántas veces seguí con la vista la brillante estela que dejaban los buques en pos de sí!—Transportábame con la imaginacion al suelo patrio, y desde allí, me parecia oír el mar estallando sus olas contra las remotas playas de Cuba, y desde allí enviaba en alas de la brisa suspiros y besos de amor á las hijas de mi patria. Ah! el recuerdo de mi tierra natal no se apartaba un instante de mi memoria; y siempre, siempre mi pensamiento rápido como el relámpago, salvaba los mares para contemplar mis bosques, mis rios, mis palmas, mi cielo de oro.—Yo siempre he amado mucho á mi padre.

* * *

¿Por qué soy tan sensible, por qué amo tanto el retiro? Este amor á la soledad, este sentimiento tan vivo por lo bello en la naturaleza, este exceso de sensaciones y esta superabundancia de vida, me han hecho desgraciado muchas veces.—Las cosas mas sencillas, mas triviales, me han conmovido algunas veces, me han inspirado ideas melancólicas. Siempre que veo una flor inclinada, pienso en la jóven desposada que llora sobre la tumba de su amante. Siempre que paseo á orillas del mar, creo distinguir en los gemidos de las olas los gritos de dolor que lanza el corazón de la humanidad.

* * *

Después de almorzar me entregaba á la lectura ó me ponía á escribir. Allí escribí algunas páginas de mis primeras producciones *Flor del Corazón* y *La tumba de las azucenas*, publicadas en los periódicos de Cádiz.

Con frecuencia era interrumpido por las muchachas del pueblo que se bañaban en el mar. Siempre que pasaban junto á mí se acercaban á la ventana, me hablaban, se reían y me hacían reír. Aquella familiaridad me encantaba. Alegres, vivas, juguetonas, con sus gracias y sus chistes disipaban la nube de tristeza que velaba mi semblante. Yo simpatice al momento con estas hijas de la risueña Cádiz. Al verlas tan frescas, tan lindas, tan llenas de salud, de lozanía, de juventud y de amor, mi corazón amaba la vida. Yo les pedía las flores que engalanaban sus húmedos cabellos y les daba en cambio damascos y naranjas. Yo las amaba, pero con ese amor hijo del sentimiento, nacido en el corazón.—¡Ah! Yo no puedo vivir sin amar. El que no ama, el que no sabe amar, no puede ser hombre honrado.

XV.

En una de aquellas mañanas, una golondrina de primavera cayó al pié de la ventana herida por el plomo del cazador. La pobre golondrina temblaba, batía sus alas intentando volar y enrojecía el suelo con su sangre.

—¡Cruel cazador! exclamé cogiendo á la golon-

drina. Tan duro, tan insensible es tu corazón que no te conmueve esta sangre? ¿Por qué marchitar tanta inocencia, tanta belleza, tanta vida? ¿Es posible que el hombre se complazca en destruir y matar?

Una de aquellas hijas del pueblo me pidió la golondrina, y conmovida, casi llorando, la acarició y la guardó en su seno.—Algunos días después me dijo que la golondrina estaba curada, que saltaba sobre la orilla de su cama y que comía en su mano. Yo estreché dulcemente sus manos entre las mías.

XVI.

Apartado de la sociedad en el centro de la misma sociedad, forjéme en el silencio y aislamiento de mi alcoba un mundo quimérico que me apartaba de las realidades del mundo material. Disgustado de los hombres y de las cosas á causa de no hallar en todos sino egoísmo, presunción, vanidad y mala fé, me era grato evitar el contacto con las gentes sepultándose en el estrecho espacio de mi aposento. Yo veía deslizarse el tiempo rápidamente, habitando un mundo nuevo enteramente para mí, donde el hombre se me presentaba en la plenitud de su felicidad.

XVII.

Hacia la caída de la tarde iba algunas veces al cementerio, por cuyos patios vagaba tristemente arrancando alguna que otra florecilla nutrida con la sávia de los que allí dormían el sueño eterno. Otras veces subía á la azotea para contemplar el ocaso del sol ó bien iba á la muralla para contemplar el mar, donde recibía en mi frente los primeros besos de la amante del hombre melancólico. Me recogía á la hora en que los enamorados, sin más testigos que la luna hablan de amor y bienandanza. La lámpara alumbraba mi alcoba hasta después de media noche. Vivía solitario en medio de los hombres. Solo confiaba mi melancolía á las brisas y á la luna.

XVIII.

Una tarde afligido, acongojado, á la hora en que los objetos apenas se distinguen, salía del hospital donde acababa de contemplar la miseria humana en toda su deformidad. Regresaba á mi casa por las calles menos frecuentadas sin fijar la atención en los que pasaban por mi lado. Próximo á mi casa oí pronunciar mi nombre. Párome, vuelvo la cara y veo dos paisanos míos. Estrechéles la mano cordialmente. Alegróse mi corazón porque en mi oído vibró la armonía del habla del pueblo natal.

—Estás triste? me preguntó uno de ellos.—Tiene el mal del país, añadió el otro.—No, repuso el que primero había hablado; como el *Rafael* de *Lamartine* tiene el mal del cielo.

Una sonrisa melancólica vagó por mis labios.

—Siempre solitario, siempre singular, añadió

aquel. O eres inferior á los hombres ó estás muy sobre el nivel de la sociedad.

Yo varié diestramente el tema de la conversación.

XIX.

Mi corazón se mecía en abismos de infinita tristeza. Una melancolía dulce y reflexiva velaba mi semblante. La soledad, el silencio y la indiferencia en que estaba envuelto hacían temer que mi languidez degenerase en consunción. Yo me consumía lejos de mis hogares.

Algunas veces, pero siempre en vano, quise sacudir aquella enfermedad del alma que formaba mi delicia y mi tormento, arrastrándome de teatro en teatro, de baile en baile, de biblioteca en biblioteca, de iglesia en iglesia, de plaza en plaza, de casa en casa, de paseo en paseo, de jardín en jardín. Yo mismo no me comprendía. Buscaba ansiosamente el retiro y el retiro me entristecía más y más. Me precipitaba en el tumulto de la ciudad y el tumulto me desagradaba.—¿Era un exceso de sensibilidad aquel mal cuyo sentimiento, según un poeta lusitano, es un atractivo en vez de un dolor y en que la muerte se parece a un voluptuoso desvanecimiento en lo infinito? ¿Era el afán de buscar un hombre á quien llamar amigo? ¿Era el deseo de hallar una mujer que me amara con verdadero amor? ¿Era efecto de mi temperamento? ¿Era la ausencia de la patria? ¿Era *romanticismo*? ¿Era la influencia de la lectura del *René*? ¿Era remordimiento? ¡Oh, no! A nadie he hecho mal. Mi pasado no me estremece: yo estoy bien con mi pasado; mi conciencia está en paz con mi corazón. ¿Era que no me satisfacía el estado actual de las cosas? ¿Era que yo no estaba conforme con la refinada civilización? ¿Era que yo participaba de ese malestar indefinible, de ese dolor profundo que se revela en nuestro siglo?... ¿Qué era pues aquella enfermedad? Yo no lo sé.—Yo deseaba morir, pero quería morir sin sufrimiento.

.....
Han pasado algunos años; estoy de vuelta; he regresado á mi patria, á mi Habana querida; y sin embargo, la melancolía me persigue como la idea al pensamiento, como la sombra á la luz, como un minuto á otro minuto.

JULIO ROSAS.

CON MAL Ó CON BIEN
A LOS TUYOS TE TEN.

(CONTINUACION.)

V.

Sebastian, aquel hombre honrado que se había visto expulsar del lado de su prima por otro nuevo amor, y por la brillante é inesperada suerte que és

te la ofrecía, siendo así que él la amaba con tan profunda pasión; Sebastian, herido en sus sentimientos, avergonzado y abatido, no quiso volver á su pueblo: se contrató por sustituto en un regimiento, envió el dinero á su madre, y marchó.

La entrada de las tropas de la intervencion francesa, que por aquel entonces se verificaba, y ofrecía la perspectiva de una guerra, le afirmó en su propósito.

Servando, imbuido por su amigo en las ideas mas ultra-exaltadas, se comprometió ostensiblemente en los sucesos que tuvieron lugar por entonces, que no es del caso referir y es triste recordar, como todo lo que son disturbios en una familia, tan feliz, tan gloriosa, tan respetada cuando era unida!

Servando, pues, con su energía de fósforo, gritó, escribió, actuó, gastó é hizo cuanto es dable para ponerse en evidencia, y lo logró tan á deseo, que en cuanto el Rey salió de Cádiz, tuvo él que esconderse por no ser arrestado.

En cuanto al interesante Arturo, desde que se acercaron á Cádiz las tropas francesas, habia desaparecido como por ensalmo.

Desde luego los amigos de Servando, le aconsejaron que emigrase por algun tiempo, mientras estuviesen vivos y activos los resentimientos, esos resentimientos con que cada partido recrimina al contrario, cual si estuviese libre de ellos. Se habló al capitán de un buque inglés, para que recibiese á su bordo á él y á Regla, de la que no queria separarse. La dificultad que se presentaba, era el cómo trasladarse á bordo, siendo Cádiz una plaza cerrada, cuyas tres únicas puertas se cierran de noche.

Está Cádiz minado por magníficos husillos, muy conocidos de los contrabandistas en grande, que en todos tiempos, á pesar de la vigilancia, han entrado por ellos contrabandos en escala mayor. Aun cuando están estas galerías subterráneas provistas de trecho en trecho de enormes rejas, se sabe superar este obstáculo cuando el interés excita la voluntad, aguza el entendimiento, y triplica la fuerza del hombre; así es que dichas rejas han sido limadas cuando las circunstancias lo han requerido. La salida por un husillo fué, pues, el medio adoptado para la fuga de Servando, y se fijó una hermosa noche de luna para emprenderla.

En aquella misma noche, Sebastian, cuyo regimiento habia venido de guarnición á Cádiz, estaba colocado de centinela en uno de los puestos de la muralla. La luz de la luna, que hace aparecer los objetos menos distintos y mas bellos, como aparece el rostro de una mujer al través de un suave velo de gasa, daba á las hermosas y uniformes casas de Cádiz el aspecto de palacios de mármol. El mar parecia hallarse en uno de sus pocos momentos de completa calma, y sentir placer en dejarse platear por la luna. Los barcos que poblaban la bahía, estaban inmóviles, cual si estuviesen presos en un mar helado. Alrededor de la vasta ensenada yacian tranquilos los pueblos que la circundan, como blancos campamentos de un dormido ejército. Nunca la naturaleza preparó una noche mas muda

para el silencio, mas tranquila para el sueño! Solo oía Sebastian el ruido de sus propios pasos, y el anhélito angustioso de su pecho cuando tendia la vista en lontananza, y la fijaba en el Puerto de Santa María, aquel lugar de funestos recuerdos, de acerbos memorias, en donde su destrozado corazón habia aprendido cuánto dolor podia contener sin quebrarse, y cuánta sangre podian derramar sus heridas sin dejar de latir.

—¡Allí, pensaba, allí está aquella que tan pronto aprendió lo que nunca sabré yo, el olvidar su primer amor! Se deslumbró como mariposa ante cuyos ojos se presenta una luz. ¿Quemarás en ella, ó será feliz? ¡Si siquiera supiese que lo es! ¡Si la vieses una vez siquiera!

Parecióle en aquel instante que oía al pié de la muralla el chapaletéo de un remo que con precaucion hendiese las aguas. Sebastian se paró sorprendido. El ruido, aunque lento, continuaba.

—¿Qué podrá ser esto? pensó: será algun pobre mariscador, que buscará mariscos entre las rocas que la marea baja deja á descubierto.

El ruido no era interrumpido, y parecia acercarse.

La curiosidad movió á Sebastian á asomarse por una tronera. ¿Cuál no seria su sorpresa al ver que en una pequeña lancha que se habia arrimado á la muralla, se preparaba á entrar un hombre, que una vez dentro, hacia señas á una mujer, que cual una sombra, parecióle que salia de la base de la compacta muralla?

Sebastian creia soñar. No queria creer á sus sentidos, cuando una voz queda, pero que la completa calma hacia llegar distinta hácia él, pronunció estas palabras:

—No temas, Regla.

El corazón del soldado despertó sobresaltado, y con todas sus pasiones, al oír aquel nombre, cual el dormido león, por la bala que le penetra.

—¡Regla! repitió cual un apagado y lúgubre eco. ¡Ella! ¿Es ella?

Saltaba en este momento la jónen, de roca en roca sostenida por la robusta mano del barquero.

El espesor de la muralla era tan considerable, que Sebastian no distinguia bien toda la escena. Ansioso, fuera de sí, suelta el fusil y sube al ancho reborde que hace declive: el fusil suena con fuerza al dar contra la argamasa del piso; al oír aquel ruido la jónen que ya estaba sentada en la lancha, alza la cara, la que entonces alumbraba la luna de lleno. Sebastian la ha reconocido. ¡Ella! Es ella, la mujer que tanto ama, la que al fuerte empuje de los remos se aleja en aquella embarcacion, que huye lijera sobre la superficie del mar, deslizándose pronta, como un trineo sobre el resbaladizo hielo!

Un vértigo oscurece la vista y hace perder el equilibrio á Sebastian, que resbalando en el plano inclinado de la tronera, cae desde aquella inmensa altura sobre las rocas.

El infeliz se ha quebrado en la caída ambas piernas. No puede moverse y en vano implora su voz auxilio, en aquel paraje desierto: dos horas faltan para el relevo de los centinelas. Para colmar

el horror de su situación, la marea empieza á subir, agitada é inquieta, y no descansa hasta que llegue á la muralla, cubriendo á su paso las rocas. Ya en su ascenso va golpeando las mas avanzadas, con lo que hace imposible oír á distancia el clamor del desvalido. En vano los redobla: ¡nadie responde! Y el agua sube, sube, sin que poder conocido, sin que circunstancia eventual haya jamás detenido un instante su periódico y pujante flujo! El infeliz ensaya el rastrearse sobre sus manos; ¡vano esfuerzo! pues no puede arrastrar sus destrozadas piernas. ¡Y el agua sube sin detenerse, sin vacilar, sin descanso! y llegará á su límite, pasando sobre el desvalido, fria, amarga, brutal é inexorable, como la crueldad! Quiere, en su agonía, asirse á una roca mas elevada que las que le circundan; no puede; y se cae con un hondo gemido de dolor: y el agua sube todavía! Ya ha cubierto sus doloridas piernas; ya ha salpicado su pecho; ya murmura la sentencia de muerte en sus oídos! Entonces Sebastian, que era un buen cristiano y un hombre valiente, se resigna; cruza sus manos, y levanta su corazón á Dios en actos de fé, pues en Dios cree á puño cerrado; en actos de caridad, pues á todos sus hermanos perdona y abraza en un último adios; y en actos de esperanza, pues implorando y confiando en su misericordia, en manos de su Dios entrega su alma!!! ¡Y en el horizonte asoma el alba, tranquila, suave y pura; como si el dia, al cual trae de la mano, hubiese de dar la vuelta de este miserable globo, sin alumbrar horrores y sin oír lamentos! Acompañábala una fresca brisa que henchia las velas de una fragata inglesa, mientras al compás de la monótona cantinela de sus marineros, levaba el ancla que aun la retenia.

Llegaba entonces á la bahía el *Seronero* del Puerto; esto es, el falucho, que antes de abrirse las puertas trae al muelle de Cádiz frutas y legumbres para su abasto. Los marineros divisaron al infeliz que habia renunciado á la vida; le recogieron y llevaron exánime al hospital.

¡Qué cadena de eventos y de casualidades eslabona á veces la fatalidad! Acatémosla como piedra de toque, para no maldecirla como cruel tortura.

VI.

Habia Servando, al llegar á Lóndres, alquilado una casa pequeñísima (y ponemos el superlativo, porque allí son todas pequeñas). Estaba situada esta casa pasado Bedlam, que es el hospicio de los locos, y el jardin zoológico de Surrey, en el arrabal de Kensington, por ser menos caros allí los arriendos. Entrábase por la puerta de la calle (que en Lóndres están todas cerradas, como signo de inhospitalidad), en un corredor largo, que al frente tenia una escalera angosta y de madera, como son todas allí, cubierta de un paño ó lienzo de alfombra, que sujetaba en cada escalon una varita de metal. En el hueco de la escalera estaba la bajada de otra que conducia á la cocina, despensa y demás oficinas interiores, colocadas allá en sótanos, que reciben la luz por zanjas abiertas delante de

las casas, guarecidas por verjas de hierro. A la izquierda del corredor habia dos puertas: la primera era la de una salita cuadrada con dos ventanas á la calle; la segunda daba entrada al comedor, que tenia dos ventanas al jardin; jardin pequeñísimo, frio y estéril, en el que un solo árbol, triste como un cautivo solitario, delgado y lánguido, se estiraba, á fin de sacar sus ramas por cima de la tapia, buscando el campo. Arriba tenia la casa dos habitaciones, iguales á las de abajo, que servian de dormitorios. El tercer cuerpo se componia de boardillas, en una de las cuales dormia la sola criada que tenian.

Por las mañanas, segun allí se acostumbra, llegaban á la puerta el carnicero, el panadero, el lechero, y el que traia la hortaliza; lo demás necesario para la vida, y los géneros ultramarinos, los traia la criada, de una tienda vecina. En este local, que aquí llamaríamos *tabuco* (en lo demás, bien y cómodamente alhajado), instaló Servando á Regla, y en él permaneció completamente sola y aislada, porque hasta el mismo Servando, con motivo de la gran distancia del centro de la ciudad, no tardó en pasar todo el dia fuera de su casa.

Cuando alguna vez se quejaba Regla suavemente de su completo aislamiento, eran los usos del pais, el ignorar ella el idioma, y las pocas relaciones que aseguraba tener, suficientes pretextos á Servando, para convencerla de que no podia ser otra su vida de la que era, mientras estuviesen en Inglaterra. Pero ¿quién podria explicar la profunda melancolía, ese, llamado por los suizos que de él enferman y mueren, *mal del pais*, que se apoderó de la hija de la bella y resplandeciente Andalucía, en aquel pais místico y encapotado en sus neblinas, de la expansiva y afectuosa española, entre aquellas gentes esquivas y reconcentradas: gentes que despiden de sí cuando no conocen, cual si por cada poro arrojasen, al modo de la penca del cactus, una sutil púa? ¡Cuántas veces buscó la pobre niña separada de sus semejantes, la mirada de una vecina, jóven como ella, cuya fresca y sonrosada cara asomaba bajo una profusion de dorados rizos, ó la de alguna grave matrona, cuya blanca, tersa y serena frente, parecia el trono de la virtud clemente! ¡Con el corazón en ella, les salia al encuentro la dulce mirada de la reclusa, implorando una recíproca señal de benévola atención! ¡Mas era en vano! Las miradas inglesas no se fijan en nadie; lo que si bien tiene mucho de fria sequedad, tiene tambien no poco de circunspecto decoro. Pero esto no estaba al alcance de la pobre hija del picador, ni mucho menos podia figurarse, que fuese el contacto con ella, uno de los casos que autorizan y hacen loable esa circunspeccion. Véase, pues, sola y estacionaria entre aquel inmenso gentío en constante movimiento. Y nunca es mas amarga la soledad, que en medio del bullicio; no solo por el contraste, sino porque de esta suerte pierde su dulce calma y su suave tranquilidad, sin una compensacion.

Como por consuelo, tuvo Regla por aquel entonces una niña, cuyo nacimiento y bautizo pasó

tan solitaria y calladamente, como pasaban todos los demás incidentes de su triste vida.

A los tres años dió Regla un hermano á su hija, sin haber variado su vida en nada, sino en el alejamiento cada vez mayor de su marido. Levantábase este á las dos: salía á las tres, á cuya hora pasaba un ómnibus por su puerta, y no volvía á entrar en su casa hasta la madrugada. Así fué que, este niño nació y se crió entre lágrimas, pues Servando, no solo demostraba á Regla falta de cariño, sino un despego que tocaba en desden.

En esta época habia encontrado allí, y se habia vuelto á intimar Servando con M. Arturo Folichon, pues hay entes que parece pone el mal Espíritu en la senda de los que quiere perder, en los momentos oportunos para ejercer su maléfica influencia.

El señor Folichon habia querido visitar á Regla. Pero Servando habia sabido sustraerse á esta exigencia, porque en los hombres de mucho amor propio, sobreviven los celos al amor, y Servando conocia á un tiempo que Regla era una rara belleza, y el señor Folichon un hombre corrompido, que ignoraba absolutamente lo que era respeto en concepto alguno. Menos corrompido que él, era Servando mas vicioso. Juntos jugaban en las odiosas casas de juego. Servando se arruinaba, y su amigo, siempre impasible, nunca perdía. Juntos bebían; pero jamás se privaba el ex-agente. En sus bajos amores nunca prodigaba este su dinero, ni sus halagos; y mientras el egoista calculador andaba boyante, dándose tono, y con ínfulas de diplomático, comprando cosméticos, Servando habia destruido á un tiempo en aquella gran Babilonia, su salud, su caudal, su juventud, su honra y su bella parte moral, y descendido gradualmente á la ignominiosa cloaca á que conducen los vicios. Habíase efectuado este fatal descenso, empezando por desprecupado, y acabando por cínico. Así aquel joven tan bello, tan rico, tan querido, que habia sido la gloria y la esperanza de sus padres, arruinado, exhausto, embrutecido y mortalmente enfermo, fué preso un dia por disposicion de sus acreedores, y detenido en la prision por deudas, *the Fleet*.

Dos dias habia que Servando faltaba de su casa. La pobre Regla lloraba, aunque no era esta la primera vez que habia sucedido; pero temia, temia instintivamente algo.

(Se continuará.)

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gró verde con listas satinadas. Monillo redondo adornado de una mariscala del mismo color: mangas abiertas plegadas por arriba. Abrigo de terciopelo negro con adornos de pasamanería. Manguitos de tul formando buches. Som-

brero de terciopelo negro adornado de encajes y terciopelo *groseille*, con lazo y cabos de lo mismo.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de moiré violeta, con una ancha banda desde la cintura abajo formada de terciopelo del mismo color, y encaje negro adornando el centro grandes rosetas. Monillo redondo con igual adorno que el vestido: mangas medio ajustadas con botas de terciopelo guarnecidas de encaje, así como el jockey: cinturón con hebilla de plata ó acero. Manguito á buches. Cuello y puños de muselina. Adorno de cabeza de terciopelo y felpilla.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

La locura de amor se pasa con el tiempo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

